
Pensar la ciudad, precisamente ahora

Presentación

Rosario del Caz, Pablo Gigoso
y Manuel Saravia

Cuando se nos encomendó la coordinación de este número de *Revista de Occidente* sobre la ciudad pensamos que tenía interés estudiar la influencia que, a la hora de intervenir en ella, tienen las visiones o enfoques desde los que se actúa. Adoptando una división canónica, solicitamos distintos artículos que hablasen de la ciudad desde los habituales puntos de vista de lo social, de lo tecnológico, lo cultural y lo ambiental. Nos pusimos en contacto con autores de distintos talentos y lugares. Y después de varios tanteos, creemos que lo que ahora se presenta es suficientemente expresivo de cómo están las cosas. Por de pronto, es fácil constatar las múltiples, importantes e inevitables conexiones entre unos y otros campos, la resistencia a la parcelación del conocimiento de la ciudad. Pero aun así, cada artículo conserva su especificidad. En primer lugar, un análisis general de distintos usos del concepto de ciudad del urbanista americano Peter Marcuse; después, una sugerente visión sobre la indiferencia moral de la tecnología a cargo del sociólogo italiano Paolo Perulli; más adelante, un repaso a los debates actuales sobre las ventajas y los incon-

venientes de la ciudad compacta realizado por el investigador australiano Michael Buxton. Y finalmente nuestro intento por contribuir al debate desde una particular visión de arquitectos urbanistas.

En realidad lo que más nos interesa (aunque no sabemos si aquí se refleja adecuadamente) es contrarrestar una cierta tendencia, reiterativa en los últimos tiempos, a cuestionar el valor de la teoría en el campo urbanístico. Enfrentarnos a un planteamiento que considera que la teoría no sólo es inútil, sino que puede resultar contraproducente cuando de intervenir en la ciudad se trata. Una posición, es cierto, ya vieja, que comenzó con la desregulación de hace un par de décadas. Pero que ha calado entre muchos arquitectos que se mueven entre el miedo a perderse en el laberinto de los pensamientos y la obsesión por ser más operativos. Concretamente, Rem Koolhaas dijo en estas mismas páginas (n.º 185, 1996): «Tenemos que atrevernos a ser por completo acrílicos». Y, más recientemente, Jacques Herzog repetía algo parecido en *El País* (13 de diciembre de 2003): «Ya va siendo hora de que abandonemos los manifiestos y las teorías porque no dan con el *quid* de la cuestión». Estamos hablando de dos arquitectos estrella que, para bien o para mal, tienen una influencia importante.

Creemos, sin embargo, que quien se presta a intervenir en la ciudad no puede aventurarse de esa forma. Aunque se resista a la racionalización, la ciudad, la realidad urbana requiere un mínimo, o mejor, el mayor esfuerzo por entenderla. Hay que pensar la ciudad sin rehuir sus implicaciones políticas: corregir los desequilibrios urbanos, luchar contra una segregación cada vez más acentuada, sigue siendo una cuestión (dolorosamente) pendiente. Pensar la ciudad para dar un sentido a una tecnología cada vez más (interesadamente) autónoma. Pensar la ciudad porque su desarrollo compromete (inevitablemente) el porvenir del planeta. Pensarla, en fin, ensanchando horizontes, porque la ciudad requiere cada día miradas nuevas.

R. del C., P. G. y M. S.